

EVANGELIO ESQUIZOFRÉNICO

Dedicado a mi Musa de setenta años, el tío Pepin

verano de 1951

Mientras me preparaba los artículos que necesitaría para hacer cepillos y cerraduras y sin dejar de trastear un instante, el viejo judío me contó que Jesucristo había vuelto a nacer en no sé qué pueblo para redimir de nuevo este mundo. A cada frase, me miraba a través de sus gruesas gafas para corroborar en mis ojos si de verdad había podido nacer. Pues bien...

En las afueras vivía un individuo de nombre José que, en lugar de irse al cine con su chica, montaba noche tras noche un coche viejo y anticuado que con la fuerza de su imaginación transformaba en un vehículo suntuoso.

Una vez acabado, ¿celebró José que a partir de entonces podría salir a pasear con María? No, no. El joven no veía la hora de que al trasto le pasara algo para tener que volver a remangarse.

Y es que José se imaginaba incluso el cielo como un gran prado lleno de coches destartados. En su cielo, los muertos recibían herramientas y podían dedicarse a su antojo al eterno montaje.

La señorita María mantenía una relación con él pero eso no impedía que se fuera encantada al bosque. Como

José solo montaba el coche y pocas veces su cuerpo, de aburrimiento se dejaba manosear sin pudor por el Espíritu Santo. Y así a escondidas componía versos.

Mas los profetas epilépticos y la ley habían dispuesto las cosas de otro modo y, en el calendario en el que la joven se anotaba las fechas de la menstruación, un buen día no pudo hacer la cruz. El lápiz se mantuvo a la espera otros diez días, María quería pensar que se había resfriado en el maldito cobertizo.

Pero, al doceavo, la joven abrió la puerta (a José solo se le veían las piernas, el resto del cuerpo lo tenía debajo del coche), se sentó en las llantas y dijo: ¡Ay, José! Tendrá que acompañarme a que me pongan una inyección. Estoy en estado y no pienso seguir adelante. José respondió: Ya voy, déjeme que apriete los frenos.

Así iba la virgen a ponerse la inyección. El Espíritu Santo, por su parte, al ver la que había liado con la muchacha, la plantó, más que nada para que se cumplieran las Escrituras.

Al cabo de nueve meses nació el Niño Jesús y lo hizo bien sacudido por el árbol de la vida, pues María se había pasado el embarazo saltando con insistencia de la escalera de mano y haciendo volteretas a ver si abortaba. Y penando porque el práctico de José no se creía que el Espíritu Santo le hubiera insertado un crío sin acostarse con ella al menos una vez.

El Niño Jesús iba a la escuela del barrio de Libeň, en la cartera llevaba un panecillo con los libros y en la cabeza, un montón de tonterías. Una vez que no se sabía nada de trigonometría ni de física, ni cuál era la Doctrina de todas las Doctrinas ni la Ciencia de todos las Ciencias, el señor profesor lo puso de cara a la pared y le propinó unos empujoncitos para que se diera bien de bruces, al

tiempo que le gritaba: ¿Cómo que no estudiarás? ¿Tú vas a deshonrar al gran dúo Marx-Lenin?

Jesusito recibió su primera tunda porque, por aquel entonces, las naciones aún no aplicaban el método del Maestro de Naciones Comenius. No como ahora que especialmente en Europa oriental todas le rinden culto y ya en ninguna falta el jarabe de palo.

Luego llegó el señor catequista para dar la clase de religión y, después del canto de la Internacional, formuló la siguiente pregunta: Jesusito, ¿sabrías decirme qué es la Trinidad de Silesia¹?

A lo que el Niño Jesús, todavía algo aturdido por su primera hostia, respondió: La Santa Trinidad era la hermana de la virgen María.

Y le cayó otra, esta vez en la planta de los pies y con tubo de caucho, ya que como manda el Maestro de Naciones el jarabe de tubo de caucho tiene que estar siempre a mano.

El reformado Niño Jesús lloraba pero no por eso el señor capellán dejaba de bramar: Tú, engendro capitalista, esto no sale de tu cabeza, seguro que tienes relación con el Vaticano.

Por la tarde, una vez recuperado, el niño encontró una rama, se quitó la aureola de la cabeza para hacer un aro y, con el aro y la rama, se echó a correr a orillas del arroyo Rokytka donde los chiquillos practicaban el bautizo y se hacían pajas en los matorrales.

Cuando después maduró, a Jesús se le posaban todas las mujeres en los labios y todas con un único deseo: que el joven muriera cerquita de sus entrañas, cubierto solamente de formas bellas y de una sonrisa victoriosa.

1 La Trinidad de Silesia es el nombre de una mina cerca de Ostrava en Silesia. (*N. de la T.*)

Pero Jesusito no estaba preparado para andar a gatas pues, en el libro de Batista² sobre higiene sexual, había leído que los muchachos harían bien evitando meter el pene en el ojo del hacha, así como en los cilindros de vidrio, porque son prácticas que llevan a muy malas experiencias.

Jesusito prefería llevar una ramita helada de eternidad en la boca hasta acabar sacando llamitas verdes por la nariz y, sobre el sombrero de paja, una lengüeta violeta pegando saltitos. Naturalmente se ataba ladrillos para mantener los pies en el suelo. Y, cuando en este estado se tumbaba en la hierba, nadie le impedía unirse con las vidas anteriores. Recordaba con bastante precisión que era nitrógeno, fósforo, hierro y agua y sentía que desde el principio no era posible imaginar nada más que aquello que uno era. Finalmente, un olfateo amistoso reinaba por encima de todo igual que pasa con la epilepsia.

Sin embargo, mientras Jesusito meditaba en la hierba, los secretarios generales se adelantaban y le embadurnaban las alpargatas, le planchaban el pelo y le cortaban los vestidos más elegantes a la espera de que un día se incorporara a sus filas.

En esas que Jesusito se levantó y vio un árbol en cuyas ramas había celentéreos, marsupiales, cetáceos, mamíferos y profetas sentados. En la cúspide de la pirámide estaba el Padre lavándose los pies en el corazón del hombre.

Jesusito tuvo entonces la sensación de que en el cerebro se le congelaba todo, de que lo único que había era amor universal y de que había sido enviado para que hiciera, del aro, una idea aceptable.

2 El autor se refiere al libro de N. Batista *Sebeochrana a poblavní zdravo-
věda publicado (Autoprotección e higiene sexual)*, un manual de educación
sexual publicado en Praga en el año 1900. (*N. de la T.*)